

CRONICA DE LA FACULTAD

1046

**"BODAS DE ORO PROFESIONALES DEL
DOCTOR ISIDRO AYORA"**

Dr. TEODORO SALGUERO ZAMBRANO
Decano de la Facultad de Medicina

(Discurso)

En los fastos de la historia de la Facultad de Medicina, de la Universidad Central y de la Patria toda, se marca con destellos de singular brillo, una fecha y un nombre que ya ha recogido el mármol eterno y el bronce indestructible: El 21 de Enero de este año, porque en esta fecha cumple sus BODAS DE ORO PROFESIONALES, el Sr. Dr. Isidro Ayora, eximio ciudadano y meritísimo Profesor Honorario de la Facultad de Ciencias Médicas.

Pocas veces como ésta, he de lamentar mi escasa preparación, para poder cumplir a cabalidad y, en ocasión tan solemne, con el encargo, por demás grato para mí, de rendir, al sabio Maestro, el homenaje de cariño y admiración que su Facultad le tributa. Pero a pesar de mis deficiencias, debo hablar yo, precisamente yo, el más modesto de vosotros, porque los colegas de Facultad alegan mi condición de Decano y, de mi parte añado, a más de la personal devoción que siento por la obra fecunda del eminente educador de juventudes, el vehemente deseo que tengo, porque esta obra se grave, con todos sus valiosos detalles, en la mente y en el corazón de la juventud estudiosa y sea así, fuente permanente de inspiración y estímulo para que esta juventud acometa presurosa y optimista, las grandes acciones que redimen el sufrimiento ajeno y dan gloria a la Patria.

No se crea por esto, que pretenda yo, hacer la biografía del Dr. Ayora, si en los brillantes actos que le han ofrecido las Sociedades Médicas y culturales de Quito, prominentes colegas e

ilustres ciudadanos como Julio E. Paredes, Tanca Marengo, C. Andrade Marín y muchos otros más, si hace apenas unos instantes, el mismo Señor Rector de la Universidad Central, acaba de recordarnos, con frase justiciera, dicción elegante y pensamiento elevado los grandes méritos que adornan la augusta figura del doctor Ayora y, sobre todo, si esta historia escrita está ya por todo el País, con obras e instituciones creadas por su gobierno que, desde hace ya más de 25 años, vienen contribuyendo con plausible eficiencia, a la defensa material y espiritual del hombre ecuatoriano, y han sido las rectoras de la ordenación nacional en el hermoso campo de la educación y en el difícil terreno económico social. Como ejemplo basta que citemos la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, del Banco Central, del Sistema de Bancos de Fomento, el vasto plan de higienización de Quito y otras ciudades, el muelle y malecón de nuestro Puerto Principal, la carretera Tulcán-Babahoyo, hecha al bajo costo de tres y medio millones de sucres obras que, con justicia, son el glorioso pedestal que mantendrá siempre en alto la figura señera de nuestro ilustre colega. Con sobrada razón, alguien que fue un gran patriota, exclamaba públicamente hace ya más de un cuarto de centuria, que "En el Ecuador se ha trabajado con intensidad, sólo en dos épocas, en la de García Moreno bajo el imperio del látigo y en la de Ayora, bajo el imperio de la cooperación espontánea".

Por todos estos acontecimientos será mejor que nos limitemos a tocar aunque sea ligeramente, unos pocos rasgos de entre los muy interesantes que tiene la vida del doctor Ayora, porque ellos constituyen a no dudarlo, una demostración edificante, de cuánto pueden: la educación y autoeducación perseverantes, la ilustración bien empleada y un corazón enamorado del ideal altruista, si, con talento, amor y decisión, se ponen al servicio del bienestar ajeno y del progreso de la Patria. No se llame a engaño quien piense que este connotado ciudadano, bendecido por sus pacientes, consultado por grandes y pequeños, condecorado por instituciones científicas de dentro y fuera del país que tanto lo tuvo y los tiene, desde un título profesional hasta el de maestro de médicos, desde la Cátedra, el Decanato y la Rectoría universitarias, hasta la Primera Magistratura del País, desde el ascendido amor filial hasta la gratitud de un pueblo al que gobernó con mano firme pero cariñosa. No ha de creerse digo, que en tan complejas y múltiples funciones que

le tocó desempeñar, fue tan lucido, por una bondadosa concepción de su destino. No señores, nada más lejos de la dura realidad que le ha tocado vivir al Dr. Ayora, pues no fue el opulento poseedor de una fortuna a quien la sociedad abre de par en par todas las puertas de la amistad y el camino de los triunfos baratos.

Nacido en un respetable hogar de modestos recursos económicos, tuvo que trabajar desde temprana edad, para poder seguir sus estudios secundarios. Su noble pobreza nunca fué obstáculo invencible, ni menos aún credencial para obtener ventajas que huelen a humillación. Todo lo contrario, siempre hizo de ella, un poderoso estímulo, para templar su espíritu, redoblar sus esfuerzos y ponerse incondicionalmente al servicio del que sufre. Bachillerado en Loja, su ciudad natal, se traslada a Quito, en donde a la vez que estudia Medicina, desempeña una de las cátedras del flamante y prestigioso Colegio "Nacional Mejía", por ese entonces. El éxito con que termina sus estudios, la abnegación con que cuida de sus enfermos y la robusta personalidad demostrada ya como estudiante, ya como profesor, le valen una beca, que espontáneamente le otorgan el gobierno progresista de ese gran liberal que se llamó Leonidas Plaza Gutiérrez, para que se especializara en la vieja y sabia Europa. Se dirige a Alemania. Allí trabaja, estudia y observa día y noche en interminable semanas y año tras año hasta que en el año de 1.909 regresa a Quito, poseedor de valiosos conocimientos médicos, del título de especialista en Obstetricia, y lo que es más, con el vehemente deseo de enrumbar a su Patria y a sus conciudadanos, por el mismo sendero de trabajo constante, de superación permanente, y de cooperación generosa, que son los factores de la grandeza de la Alemania que acaba de dejar.

Tarea quimérica en verdad, ésta de reformar hombres y costumbres, para quienes creen, por perezoso conformismo, que es el cielo quien reparte sus dones en la tierra pero no para él ni para los que como él piensan y saben por demás, que la cultura, la civilización y el progreso son fruto bendito de la acción conjunta y bien planeada de un gobierno y un pueblo, con fé en su destino. Emprende en esta acción, no le desanima el incipiente desarrollo de nuestro país en aquel entonces. Si hace pocos años el genio de Alfaro, había liberado de la esclavitud más negra, la conciencia del pueblo, quedaba para él y sus colaboradores, el liberar a este mismo pueblo, de otra esclavitud no me-

nos odiosa que aquella, la esclavitud de la miseria y de la ignorancia. Y es el fuego de esta chispa sublime prendida en su alma, el que orienta día a día sus pasos.

Su prestigio profesional pronto lo facilita en la cátedra universitaria y llega a ella y a los escaños legislativos, para compartir sin reserva, con sus discípulos, y velar por la salud y el fortalecimiento de la República, para demostrar que la política no es palabrería intrascendente sino ciencia del buen gobierno basada en el conocimiento de las leyes que rigen el progreso de los hombres y de los pueblos; que buen político no es el que más ofrece a las masas sino el que más les dá y mejor les sirve. En sus luchas parlamentarias, encaminadas a la aprobación de la Ley de Asistencia Pública, siente el vacío de la indiferencia y la actuación enfurecida le enviste con seña. Se cuenta que un Honorable Coolegislador al combatir su Proyecto de Ley, de Asistencia Médica obligatoria con sangrienta ironía exclamaba, en el seno del llamado más alto Poder del Estado: "Para qué esta ley absurda, si las mujeres dan a luz desde la época de Adán y Eva y la naturaleza no ha previsto parteros".

Llega a la Dirección del Hospital "San Juan de Dios" y al Decanato de la Facultad de Medicina en el año de 1917 y su reforma sana y científica al plan de estudios vigente en ese entonces le acarreará la enemistad de sus colegas, que llegan a fomentar la histórica huelga de los internos del Hospital "San Juan de Dios". Pero todo es en vano, el doctor Ayora domina la adversidad; se impone la razón y el buen sentido y se introducen valiosas formas de estudios universitarios en la Facultad y magníficas leyes en el País. Se extiende la fama del doctor Ayora y pronto llega al Rectorado de la Universidad Central y a la Presidencia de la República y con el sólo fin según él nos dice, de que su Ley de Asistencia Pública y la de su colega, de Organización Sanitaria Nacional, sean admitidas por el Congreso. Mas el talento con que resuelven las mil dificultades de gobierno, en un país convulsionado, como era el nuestro en 1925, le obligan a desistir de su empeño de separarse del Mando del gobierno. Rápidos progresos hace la República, pero por un inexplicable esquinazo, de aquellos que a todos nos prepara la vida, un ya histórico cuatro de Marzo es tomado preso y se lo conmina a morir si no dimite el poder inmediatamente. Ha llegado para Ayora el momento supremo: morir con dignidad o claudicar. Su virilidad de hombre en paz con su conciencia le

inclina sin vacilación por lo primero; más, se desmoraliza el victimario, reacciona el pueblo y se salva la dignidad del poder civil, como lo dijera Andrade Marín en su discurso.

Ved, pues, jóvenes estudiantes, cómo para llenar con tanto brillo un período de la historia de la Facultad de Medicina y del País todo, cuántos desvelos, luchas y sufrimientos ha tenido que soportar este compatriota. Pero todo esto no os arredre, porque a la postre se imponen la verdad, el bien y la justicia. Ahora pensó alto, sintió hondo y fue grandé. Tratad de seguir sus huellas.